

PRIETO

Nada parece más contrario al sentimiento de realidad que la nostalgia. Sentimos la realidad como algo que se nos figura que nunca va a faltarnos y nostalgia ante lo que pasa y huye, porque lo que está parece que va a quedarse siempre, y lo que tiembla y se va nos lleva a creer que nunca estuvo. Y sin embargo, nostalgia y realidad sentimos a la vez ante este mundo presente en los

como todo lo que nace, impura; expresión poética más que figurada de un mundo de entrañas adentro, de un mundo que se había cansado de su mudaz y de su oscuridad. Nada separaba ya el latir de nuestras sienas, aviso fiel de la temporalidad, ni el correr de nuestra sangre, ni el respirar de nuestra piel, de aquello que estaba en el cuadro, y que más aún que visto era sentido, absorbido



Calidos de Gregorio Prieto. ¿Por qué una realidad tan intensa nos produce melancolía, una tan colmada presencia, lejana imposible de alcanzar?

Sus formas acabadas imponen de nuevo la distancia de la contemplación; pero algo que muere y revive en sí mismo sin cesar las atañe. Y así, la tranquilidad que nos produce la distancia y la visión que por ella se ha hecho posible se va penetrando de este estremecimiento de lo que nace y muere, de lo que acaba y sin descanso vuelve a comenzar.

Durante mucho tiempo ha existido un arte clásico que nos presentaba un mundo de formas plenamente objetivadas; se ofrecían a la visión humana con la misma independencia que un monte o una esirella. La mirada del arte había captado para siempre un instante de reposo en medio del flujo incesante de la creación y destrucción en que está sumergido todo lo que existe. Puras formas sustraídas al perecer se ordenaban ya para siempre como constelaciones; contemplándolas los ojos se creían eternas. Era la realización de aquel afán platónico de salvar las apariencias, y con ellas, los ojos que las miran.

Pero rompiendo este ensueño de quietud, aparecía alternativamente otro arte, otra pintura que quería acercarse a la vida. Y aparecieron mundos de figuras con sangre, temblor y angustia. Arte en que se nos invita a vivir y a morir. Así, Goya, "el Greco". Y hundiéndose cada vez más luego en esta sima de la vida y de la muerte, se llegó con el surrealismo a perder la objetividad de la forma que se deshizo en terrores de pesadilla y subconciencia. Lo que se nos presentaba, más que ser la vida cuando ya es, era la vida brotando de su turbia fuente visceral; la vida sin luz ni figura, desnuda de su impetu naciente, y

por nuestro ser de organismos vivos. Arte de entrañas adentro, de oscura vida visceral.

Pero estos dibujos de Gregorio Prieto nos ponen delante un mundo que hay que descubrir mirando, solamente mirando; está hecho para los ojos exclusivamente, sin apenas aludir a esas fuerzas de piel adentro, que ya van acallando su grito. Pero esta experiencia, está manifestarse de lo que estuvo siempre en silencio que ha sido el surrealismo, no la puede ignorar nadie, y menos Gregorio Prieto, pintor sin dogmas; ni puede esperarse que renuncie a la superficie quien una vez salió a ella. Pero ya no será el modo de expresión de este oscuro mundo: el directo, fanático y subversivo que fué el pasado surrealismo, entre otras cosas, porque no tiene necesidad de ser subversivo lo que ha alcanzado el pleno reconocimiento de su existencia.

El mundo de los dibujos de Prieto vuelve a ser para la contemplación, y comienza, por tanto, por establecer la distancia necesaria. Pero lo que nuestra mirada encuentra no son aquellas formas clásicas sustraídas al perecer, objetos del pensamiento casi; son unos cuerpos que padecen, aman y tiemblan en el tiempo; que poseyendo una tan apretada presencia, no están, no permanecen; podrían deshacerse en el aire, podrían escaparse; nacen y mueren en cada instante. Al mirarlos se nos hace evidente el tiempo en que transcurre nuestra existencia, y con ello la inevitable melancolía del momento, que nunca se repite, y el incesante esfuerzo de lo que para vivir tiene que renacer constantemente. Creación y destrucción, contrarias y hermanas, en las que queda al fin resuelta toda aparente quietud. Alguien ya dijo en esa Grecia que tan fuertemente evocan: "Transformándose descansa el ser."

— María ZAMBRANO